

que Montse 'mamó' en su familia la pasión por el camión.

Ella es de las pocas mujeres de la comarca que cuenta con todos los carnés posibles para conducir vehículos pesados, y sólo es el de motocicleta el que le queda por sacarse.

Y es que, escuchándola, parece que conducir un camión es para ella poco menos que un juego de niños: «Hoy en día, con las direcciones que tienen que son parecidas a la de los coches, es más fácil conducir un camión. Ya no es como antes, que se requería más fuerza física para mover el volante. Lo más complicado son las maniobras, como la marcha atrás, pero es hasta que se le coge el punto. También es difícil circular en ciudad, porque hay más estrecheces al girar».

A pesar de todo, si admite que no todo es de color de rosas en esta profesión: «Estar todo el día en la carretera es duro. Y mira que yo cuando salgo fuera de aquí es para acompañar a mi padre... Sin embargo, tanto tiempo sola al volante es pesado».

Montse asegura que no es muy normal ver a una mujer al volante de un vehículo de grandes dimensiones «y sobre todo por esta parte, ya que por el norte si que se ven más conductoras». Un hecho que, hasta la fecha, no le ha creado ningún tipo de rechazo: «Al revés, si a veces voy a cargar y la gente te puede ayudar lo hace. Desde luego por el hecho de ser mujer no he tenido problemas, aunque si es cierto que la gente se extraña al verte».

El caso es que al día Montse le puede echar unas cuatro o cinco horas al camión, pero eso no es todo, ya que también está al frente de una pequeña tienda de ultramarinos. En definitiva, una auténtica todoterreno que vale para lo que se le ponga por delante.

MARÍA GEMA SOTO CIDONCHA

Conductora a destajo, con un taxi y una ambulancia

Con su padre, su hermano y su tío dedicados al transporte, a María Gema Soto, de 30 años, casi no le quedó otra escapatoria que acabar también pegada como un imán a un volante. En su caso, de una ambulancia y de un taxi. Una forma de ganarse la vida que le apasiona pues, como admite, le gusta la carretera.

Gema es conductora de ambulancia de urgencias en el centro de salud de Don Benito. Un puesto que está reservado a taxistas y que, al disponer de licencia, pudo empezar a desempeñar. Tras hacerse voluntaria en Cruz Roja, allí empezó a experimentar las sensaciones que le reportaba la conducción de una ambulancia. Y una cosa llevó a la otra una vez que se quedó vacío el puesto en el ambulatorio y ella lo ocupó.

No obstante, reconoce que empezó para probar la experiencia: «El caso es que me enganchó tanto que ya llevo tres años y espero seguir hasta que el cuerpo aguante».

Una labor en la ambulancia que, como aclara, no sólo es conducir «sino que es bajar al paciente por las escaleras, introducirlo en la camilla y trasladarlo al hospital».

Unas dificultades a las que le costó adaptarme al principio como mujer, pero que afortunadamente ha ido superando. «A veces —rememora— me encontraba sola ante una persona gruesa y es en esas situaciones donde veía que en urgencias



Montse Teixeira subiendo a su camión, que ella misma conduce. / F. H.



Noelia Rodríguez y Vanesa García pintan en Don Benito. / F. H.

somos un auténtico equipo y aunque tú ayudes en lo que puedes, el médico y el enfermero también están ahí para ayudarte a ti. Por eso, todo es más fácil».

Unos condicionantes al frente del transporte sanitario que hacen que la conducción de una ambulancia y un taxi no tengan nada que ver: «Son totalmente diferentes». A esto se une también el nerviosismo que pueda generar el ir conduciendo con una sirena sonando: «Al principio, cuando teníamos que hacer un traslado urgente, sí molestaba un poco, pero con el tiempo te acabas adaptando tanto que a veces ni la sientes y vas concentrada en conducir».

Quizás por ser mujer, su forma de conducir sea menos agresiva y, dentro de la rapidez que requiere un servicio urgente, Gema apuesta por la prudencia: «Me considero una persona prudente al volante. En una urgencia sí que voy rápido, pero quizás no tanto como fuera un compañero. Pero no por nada, sino porque me gusta tenerlo todo bien controlado».

Lo que sí admite es que son ocupaciones «muy sacrificadas»: «Sobre todo el tema del taxi, ya que cuando más trabajo tenemos es los fines de semana».

No obstante, para ella todo es más llevadero, ya que tanto en la

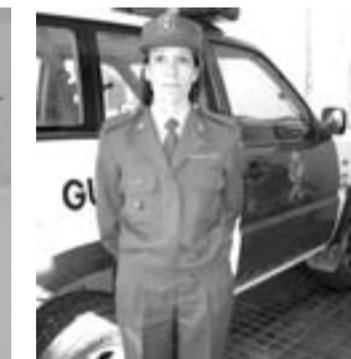
conducción del taxi como de la ambulancia se turna con su marido desde hace dos años. Ahora recuerda que «el primer año en el que estuve sola fue mortal, ya que salía de una cosa y me cogía el otro volante, y llegó un momento en el que no pude más y de ahí que le pidiera a mi marido que me echara una mano».

Lo que tiene claro Gema es que para desempeñar oficios que históricamente han ocupado los hombres lo importante «es echarle valor y tener claro que compaginar este tipo de trabajos tan duros con tu vida familiar es muy sacrificado, ya que se echan muchas horas y se está mucho tiempo fuera de casa». Una razón que, a su juicio, quizás explique la escasa presencia femenina en ellos.

ISABEL FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

De licenciada a ganadera

Isabel Fernández se crió en el seno de una familia ganadera de Campaño y quizás ese cariño por el ganado ovino la llevó a sacrificar sus estudios para continuar con el negocio familiar. Su decisión fue valiente, pues cambió su licenciatura de Pedagogía por el campo



Mª Ángeles Díaz, guar. civil. / F. H.



Isabel Fernández, ganadera. / F. H.

los que muchas veces no hay ni fiestas, siempre es difícil conciliar tu vida laboral con la familiar, por lo que en la mayoría de los casos las mujeres optamos por un trabajo por cuenta ajena, con un horario que te deja siempre un poco más libre».

A pesar de todo, esta joven cada día se ve más adaptada a su trabajo, aunque quizás lo que lleve peor sean las reuniones en la cooperativa ya que «a veces da corte verte entre tanto hombre».

MARI ÁNGELES DÍAZ MATEOS

Un eslabón más en la pasión familiar por la Guardia Civil

«Mi padre era guardia civil y siempre me decía que, si algún día había mujeres en el cuerpo, yo sería de las primeras en entrar. Él murió y al final no pudo verme vestida de guardia civil». Con esta anécdota entrañable recuerda la mija de la Benemérita, aunque viendo su tradición familiar de guardias civiles, con su padre, su tío, dos hermanos e, incluso, su marido, se da más que justificado su ingreso. Un cuerpo que se abrió hace 18 años a las mujeres, y precisamente a través de la segunda promoción es como llegó Mari Ángeles a Extremadura, siendo de las primeras agentes femeninas en la región.

Ahora es una de las ocho mujeres de los 169 efectivos con los que cuenta la Compañía de la Guardia Civil de Villanueva de la Serena. Es decir, el sector femenino representa poco menos que el 5%, una cifra que se aproxima a los porcentajes que se manejan en el ámbito nacional. Precisamente, sobre el escaso número de mujeres con tricorno, Mari Ángeles lo achaca a las pocas vacantes que se sacan, aunque también admite que aún la Guardia Civil «sigue imponiendo más respeto» frente a otros cuerpos de seguridad.

En la actualidad, ésta desempeña tareas burocráticas centradas en la vigilancia de las órdenes de protección a las mujeres maltratadas. Unas labores en las que considera que una agente puede aportar un plus mayor que un compañero: «Por su complicidad y sensibilidad con la víctima, y porque al final nos convertimos en su confidente».

Mari Ángeles admite que no ha tenido nunca ningún problema por su condición de mujer dentro del cuerpo, aunque reconoce que en los primeros años sí que notó ciertas actitudes no muy normales: «Al principio se daban los dos extremos. Por un lado había compañeros que tenían exceso de amabilidad contigo y, por otro, había algunos a los que se les notaba demasiado que no les gustaba la presencia femenina en el cuerpo, sobre todo a los más mayores».

Lo que sí ha comprobado Mari Ángeles es que de cara al ciudadano no es lo mismo tratar con un hombre que con una mujer: «Si nosotros le damos el alto a un vehículo, los conductores no te hablan como a un hombre. Te hablan de otra manera, más amables, como para camelarte».

En cuanto a su trabajo, ésta es que echa en falta más facilidades para conciliar la vida familiar con la laboral, pues muchas veces tiene que hacer auténticos juegos malabares para que su turno no coincida con el de su marido y así poder atender a sus dos hijos.